

## **CAPÍTULO 1**

### **ESTUDIOS SOBRE DISCURSO Y GÉNERO**

Este capítulo sintetiza las teorías que plantean cómo a partir de parámetros sociales se modela el habla de hombres y mujeres en una comunidad, además de recoger los antecedentes alusivos a los estudios de discurso y género afines al tema de investigación.

La mayor parte de los estudios discursivos que tratan la conducta lingüística de hombres y mujeres se debe a la sociolingüística, disciplina que ha vuelto la variable sexo o género en su objeto de atención permanente y, también, ha sido la responsable de estudios infundados que afirman que el habla de las mujeres es más conservadora, insegura, sensible, solidaria y expresiva, y la de los hombres es más independiente, competitiva y jerárquica, lo que ha ocasionado un enfrentamiento que ahonda en discriminaciones de género. Sobre este aspecto, véanse los trabajos de Lakoff (1975), Zimmerman y West (1975), entre otros, a los cuales se hace referencia en párrafos posteriores.

La sociolingüística considera el género como una de las variables sociales relacionadas con el uso de la lengua, que tiene como indicadores lo masculino y lo femenino. Desde esta variable es posible explicar de qué manera utilizan la lengua hombres y mujeres de una comunidad de habla específica. Es relevante mencionar la relación entre lengua y género que se establece desde esta disciplina, pues este aspecto fue omitido durante mucho tiempo en las investigaciones lingüísticas en el contexto social. Desde dicha consideración se sentaron las bases para el desarrollo de los estudios de género, los cuales han pasado por varios cambios.

En primer lugar, los estudios de género, en sus inicios, enfatizaron en el carácter sexista de la lengua. Estos estudios, liderados por movimientos feministas,

hicieron notar que socialmente la lengua era un instrumento de poder que contribuía a la supremacía masculina sobre la mujer. El interés de estos estudios sexistas se centró primero en la estructura de la lengua y luego en el uso que los hablantes hacían de esta. Kramarae, Thorne y Henley (1983, citados por Soler, 2004) recogen más de 250 títulos concernientes a estudios de género en la década de los 70, de los que se puede concluir que la mujer siempre se ha definido por su relación con el "otro" (padre, hermano, esposo), mientras el hombre se ha considerado autónomo. Algunos de estos estudios aluden al uso del pronombre "él" como genérico y al sustantivo "hombre" para hacer referencia a la humanidad y la tendencia en los libros de texto a incluir más pronombres masculinos que femeninos (Soler, 2004, p. 33).

Así mismo, Labov (1966) y Trudgill (1972), con la inclusión de la variable sexo en los estudios sociolingüísticos, propiciaron la búsqueda de diferencias sexuales en los campos léxico, fonético y sintáctico de la lengua. En sus investigaciones señalan el predominio del carácter normativo y un uso más estandarizado de la lengua en las mujeres, lo cual relacionan con el prestigio, distinguiendo entre prestigio abierto y encubierto. El primero se asocia a lo correcto, lo adecuado, lo culto, lo normativo, y distingue el prestigio de comunidad; mientras que el segundo se asocia a los usos que son estigmatizados, y que a menudo se identifican con rasgos o marcas de masculinidad entre los estratos socioculturales más bajos, designando un prestigio de grupo.

Lo anterior quiere decir que las mujeres son más proclives que los hombres hacia los usos que se ajustan a la norma, mientras que los hombres inclinan sus usos a los llamados vernáculos y a las variedades locales. ¿Significa esto que las mujeres responden mejor a las normas prestigiosas? Chambers y Trudgill (citados por Moreno, 2005, p. 44) parecen creer que sí, mediante los siguientes argumentos: 1) al no tener un lugar destacado en la sociedad, las mujeres necesitan marcar su estatus social con una conducta específica, 2) la falta de cohesión de las mujeres en las redes sociales las obliga a enfrentarse más a menudo que los hombres a situaciones de formalidad, y 3) la educación suele llevar a las mujeres a desempeñar lo que se considera su función social, siguiendo unas normas de conducta socialmente aceptadas. Sin embargo, otros autores consideran esta supuesta mayor tendencia de la mujer a las formas estándar una exageración (Milroy, 1980; Cheshire, 1982a y 1982b; Russel, 1982). Igualmente, al referirse al prestigio, Areiza, Cisneros y Tabares (2012, p. 46) sostienen que las condiciones socioeconómicas y culturales en Colombia han posibilitado que las fronteras lingüísticas entre hombres y mujeres se desdibujen, haciendo que hoy no sea

posible reconocer formas masculinas y femeninas en el decir, especialmente en los jóvenes.

Chambers (citado por Moreno, 2005, p. 44) le concede gran importancia al concepto biológico de sexo, al considerar que la mujer posee habilidades verbales mayores y mejores que las de los hombres y que van más allá de las diferencias socioculturales. Según el autor, las mujeres tienen una capacidad neurofisiológica verbal que se puede manifestar en forma de diferencias sociolingüísticas, como el uso de un repertorio de variantes más amplio o el manejo de unos recursos estilísticos más ricos que los hombres de sus mismos grupos sociales, situación a la cual le da el nombre de variabilidad basada en el sexo. El concepto de movilidad tiene gran importancia para Chambers, ya que hace referencia al contacto con otros grupos dentro de la comunidad o fuera de esta, circunstancia presentada con mayor frecuencia en las mujeres que en los hombres en las sociedades modernas industrializadas, debido a que estas suelen trabajar fuera del barrio, ir a otras zonas de la ciudad a comprar, tienen contactos con grupos sociales diferentes, mientras los hombres centran su vida alrededor del trabajo y de su vecindario.

Ese carácter social de la variación lingüística es considerado también por Alvar (citado por Moreno, 2005, p. 41), quien en sus estudios sobre el habla de hombres y mujeres de Puebla, Andalucía, señala que el arcaísmo o innovación en el habla de las mujeres depende del tipo de vida, del lugar, y no tanto del sexo. El autor sostiene que el sexo puede mostrarse como un factor de segundo orden, como algo que suele subordinarse a dimensiones sociales diferentes y con mayor poder de determinación. Incluso, como lo ha demostrado Cameron (2005), las diferencias lingüísticas entre hombres y mujeres no son constantes ni equidistantes a lo largo de toda la vida.

En segundo lugar, existen dos enfoques desde los cuales se abordan los estudios de género: la dominación y la diferencia. Uno y otro permiten responder a preguntas como: ¿el uso del habla que hace la mujer es producto de su posición subordinada? ¿Es reflejo de valores divergentes aprendidos fuera de la cultura dominante?

Las investigaciones de Lakoff (1975), por ejemplo, consideradas desde el discurso de la dominación, incitan la crítica y numerosos estudios de género, al afirmar que la mujer es insegura y débil lingüísticamente, pues existe en ella una alienación lingüística producto de su alienación social, reconocida históricamente: el hombre siempre ha ostentado el poder y la mujer ha sido dominada.

También Zimmerman y West (1975), enmarcados en este mismo enfoque, concluyeron, a partir de los estudios sobre los turnos y las interrupciones en la conversación, que las mujeres se comportaban menos exitosamente que los hombres, por las interrupciones de estos y que ello se debía en parte al poco poder social de la mujer. Para los autores, el nivel social y el lingüístico forman parte de un mismo sistema político social, en el cual el hombre es el poderoso. Por su parte, Fishman (1978, 1983) considera cruciales las diferencias de poder entre hombres y mujeres, pero resalta el rol sexual como el mecanismo que lo hace evidente en la conversación; sostiene que, en lo que a la conversación se refiere, la inseguridad no es inherente a la psicología femenina, sino consecuencia de la negación del hombre –por su posición dominante– a cooperar en la conversación con la mujer, por lo que debe esforzarse y obligarlo a tomar parte activa. Igualmente, Romaine (1996, p. 127) señala que la práctica de nombrar es social y una actividad simbólica reflejo de un orden que ubica a los hombres en primer lugar, por ejemplo en la colocación de las palabras en expresiones convencionales como Adán y Eva, hombre y mujer, marido y mujer, niños y niñas, etc., considerándose así a las mujeres como el segundo sexo.

El enfoque de la diferencia surge como una crítica al anterior, busca revalorizar los discursos femeninos, explicarlos y conceptualizarlos como elementos pertenecientes a diversas subculturas, dentro de las cuales se supone que se aprenden los diversos comportamientos lingüísticos. Como regla general, promulga evitar siempre comparar el habla de la mujer con la del hombre, porque siempre será considerada inferior. El objetivo de los estudios de género es, desde esta perspectiva, estudiar los usos que las mujeres hacen de la lengua en sus propios términos (Soler, 2004, p. 38). En este enfoque se enmarcan los trabajos de Maltz y Borker (1982), Jenifer Coates (2009), Deborah Cameron (2005), Deborah Tannen (1994), Marjorie Goodwin (1980), Jones (1980), entre otros.

Para Maltz y Borker (1982), las diferencias y los fracasos en la conversación entre hombres y mujeres son provocados por diferencias culturales en la manera de conceptualizar lo que es una conversación de amigos, las reglas para formar parte de ella y para interpretarla. Según los autores, al pertenecer hombres y mujeres a diferentes subculturas, el empleo de la lengua varía y puede llevar a incomprensiones.

Deborah Tannen (1994, p. 21) está de acuerdo en que el marco de la diferencia cultural permite explicar la manera como se puede crear la dominación en la interacción cara a cara, pero hace una crítica a la forma de plantear la dicotomía

dominación y diferencia, pues considera que no deben verse como polos mutuamente excluyentes. Para la autora, diferentes elementos lingüísticos, como la locuacidad, el silencio, la proposición de temas, las interrupciones, el circunloquio, entre otros, no son instrumentos propios del poder o la dominación, porque, dependiendo del contexto y la intención, unos y otros pueden servir o no de instrumentos de poder o de solidaridad.

En relación con ambos enfoques, Soler (2004) advierte algunos problemas teóricos, entre ellos: se percibe el género como una oposición binaria: hombres y mujeres son diferentes, lo que se refleja en su manera de hablar; el papel sumiso y esclavizado de la mujer frente al opresor y dominante del hombre, destacado por el enfoque de la dominación; el poco interés en el discurso masculino ante la preocupación por el concepto de mujer, mostrado por el enfoque de la diferencia. Soler, sin la intención de enfrascarse en discusiones sobre diferencias de tipo sexual o de poder, analiza los comportamientos lingüísticos de los hablantes bogotanos, para establecer diferencias en el habla de hombres y mujeres. En su estudio tuvo en cuenta aspectos como el léxico, la sintaxis, la competencia comunicativa, la temática de conversación, la narrativa, el uso de metáforas y el espacio.

En aspectos lexicales, sintácticos y comunicativos, la investigadora concluye que, en general, la mujer usa más diminutivos, pronombres de tercera persona, conjunciones copulativas y oraciones exclamativas; mientras que los hombres hacen más uso de las preguntas de confirmación (*tag questions*), emplean más adjetivos, preguntas cortas y barreras. Sin embargo, aclara que es difícil hablar de diferencias en el discurso de hombres y mujeres a partir de las categorías analizadas, pues se dejan de lado aspectos relevantes, como la conceptualización, las habilidades discursivas, la influencia de factores del contexto o los intereses de cada uno de los grupos.

En cuanto al uso de la narración de hombres y mujeres, la autora encontró que el análisis permite determinar maneras de organizar el pensamiento y dar prelación mediante la emisión de los juicios morales o éticos de las personas. En el análisis de la temática de conversación, concluye que los intereses de hombres y mujeres son distintos y que están muy relacionados con el rol que desempeña cada uno en la sociedad.

En cuanto al uso de metáforas en la vida cotidiana, ambos grupos utilizan este elemento pero con prioridades distintas, pues mientras para los hombres lo

cotidiano es la política, el deporte, los distintos aspectos relacionados con la vida y sus actores, como los fenómenos sociales, para las mujeres lo más cotidiano es el día a día, el vivir y todo lo concerniente a esta actividad. Los hombres prefieren ver sus experiencias cotidianas en términos de *guerra*, referidas a enemigos o bandos; las mujeres también conceptualizan su realidad en función de *guerra*, pero con connotaciones de trabajo y esfuerzo. La metáfora *viaje* es utilizada por hombres y mujeres para expresar sus realidades, pero mientras ellos lo identifican con la obtención de bienes materiales y progreso, un viaje en el que la meta es lo más importante, ellas lo relacionan con el hecho de avanzar en la vida, elegir el mejor camino, hacer lo correcto. Igualmente, Soler encontró conceptualizaciones interesantes en metáforas como: objeto como persona, tiempo como recurso, persona como sentimiento, persona como recipiente, ideas, acciones y acontecimientos como personas para los hombres, animales y plantas como realidad para las mujeres. En conclusión, el análisis de las metáforas constituye un instrumento útil para determinar cómo las personas perciben y conceptualizan su realidad y permite señalar conceptos enraizados en las mentes de las personas, los cuales, de alguna manera, rigen su comprensión del mundo.

El uso del espacio contribuye a determinar el lugar desde donde hablan las personas y cómo este influye en el discurso. En esta categoría, Soler concluyó que los hombres son, en general, los habitantes de los lugares. Los hombres hablan desde y sobre la calle, son productores y actores de su propio discurso. Las mujeres lo hacen desde la casa y sobre la calle y sus actores, son productoras de un discurso ajeno a ellas; para ellas, la calle, la esquina o el parque son sitios prohibidos, pues están habitados por hombres y en estos corren el peligro de insultos, vulgaridades, robos, atracos o violaciones. Según los resultados obtenidos, la autora se acoge a la teoría de las diferencias culturales, pero con la concepción de la igualdad de condiciones entre hombres y mujeres.

Ana Gisela Yépez Peñalver (2005), en un artículo denominado *El habla de hombres y mujeres en el trabajo*, sostiene que en la actualidad las mujeres no hablan siempre como madres, esposas o amigas, sino como abogadas ingenieras, entrevistadoras o bancarias; por tanto, lo que se conoce como estilo femenino, y que mantiene su validez en la dimensión sociolingüística del estereotipo, no puede aplicarse enteramente al habla de la mujer profesional. De ahí que defiende, también en el entorno profesional, como determinantes las diferencias de habla condicionadas por el qué se habla, con qué intención se habla, en dónde se habla y con quién se habla. En pocas palabras, la modalidad discursiva empleada en el ejercicio profesional prevalece sobre el género sexual del hablante.

Así mismo, Marta Postigo Asenjo (2009, p. 143), en el texto *Igualdad, ciudadanía y género: las mujeres en el discurso moral y político*, afirma que la reconsideración de los términos en los que se han concebido las fronteras entre lo público y lo privado en el discurso moral y político, y en las teorías liberales de la justicia, así como algunas de las dicotomías implícitas en el discurso moral, se presenta como una tarea clave a la hora de definir la equidad en las relaciones de género, de proteger los derechos y las libertades básicas de mujeres y niñas, y de buscar modelos de ciudadanía.

Por otra parte, se considera importante resaltar la investigación de Ofelia Cárdenas y Nubia Cárdenas (2010), quienes realizaron estudios de la perífrasis verbal, basada en el *Español hablado en Tunja*, y observaron, entre otros aspectos, que quienes más emplean la perífrasis verbal en la modalidad deóntica (por ejemplo: “*me tocó dejar a mi hermanito muerto*”) son las mujeres con un 60 % frente a un 40 % de los hombres. Las autoras sustentan que las mujeres cumplen sus obligaciones de acuerdo con el rol que la sociedad les ha impuesto, donde se percibe sumisión como esposas, madres y trabajadoras. Mediante el uso de esta modalidad se aprecia la vulnerabilidad frente a organizaciones de índole social.

Finalmente, se puede observar que las investigaciones de tipo sociolingüístico sostienen la existencia general de variación lingüística basada en el sexo como resultado de una diferencia social (Trudgill, 1974). Sin embargo, algunos estudios han demostrado que no es el factor sexo o género el relevante en las variaciones lingüísticas de hombres y mujeres, sino factores como el nivel sociocultural o el estilo.

En la presente investigación se asume que hombres y mujeres son heterogéneos y diversos, que sus maneras de ser, de pensar, de hablar y de actuar son diferentes e influenciadas por el lenguaje y por la cultura, pero no por ello positivas o negativas. Lo que las hace negativas, en algunos lugares y contextos, es el poder de dominación que durante siglos ha sido ejercido por los hombres, presente en las estructuras de algunas sociedades, empujando a las mujeres y a las minorías a ser grupos silenciados<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Véase Ardener (1975), quien propone la *Teoría de los grupos silenciados*, entre los cuales ubica a las mujeres. Según este autor, algunas al saberse silenciadas se ven obligadas a encajar en el grupo dominante cambiando su forma de actuar y de hablar. Su propuesta, de conformidad con las teorías críticas, sostiene que son las estructuras sociales las que afectan las relaciones de clase y de género en la sociedad y perpetúan la dominación.

Un ejemplo de lo anterior se puede constatar en el léxico, específicamente en el uso de los diminutivos, los cuales han sido considerados propios del habla femenina y que en el habla de Tunja son utilizados por hombres y mujeres sin distinción de clase social o de edad y a veces con más regularidad por los hombres que por las mujeres, como se puede observar en la Tabla 1:

**Tabla 1.** Frecuencia de uso de diminutivos por mujeres y hombres de la ciudad de Tunja, de acuerdo con la generación (G) y el nivel de instrucción (I)

GEN/NIV. INSTRUC.	HOMBRES	MUJERES
G1I1	138	18
G1I2	29	13
G1I3	37	3
G2I1	5	19
G2I2	13	9
G2I3	31	7
G3I1	6	24
G3I2	4	26
G3I3	10	29
TOTAL	273	148

Nótese que la mayor frecuencia de uso de diminutivos está en los hombres jóvenes, entre 20 y 34 años, en los tres niveles de instrucción, mientras que en las mujeres es mayor en la tercera generación, o sea, mayores de 55 años, en los tres niveles de instrucción. Los diminutivos más usados por los hombres fueron: *poquito*, *ahorita*, *platica*, *finquita*, *casita*, *negocitos*, *empresita*, *pelaítos*<sup>6</sup> <peladitos>, *pequeñitos*, *arreglitos*, *calorcito*, *grandecita*, *cabañita*, *pesito*, etc. Las mujeres usaron, entre otros, los siguientes: *poquito*, *ahorita*, *casita*, *cositas*, *pequeñitos*, *comidita*, *mercaditos*, *hijitos*, *hermanitos*, *abuelitos*, *pueblitos*, *julanita*, *patiecito*, *regalitos*. Como se aprecia, en el habla de hombres y mujeres de Tunja son comunes los diminutivos, y podría pensarse que estos hacen parte de la idiosincrasia del boyacense, en tanto expresan su calidez y sencillez. En la Tabla 2 se pueden apreciar los diminutivos más frecuentemente usados, según el número de hombres y mujeres entrevistados:

<sup>6</sup> Vocablo coloquial diminutivo y plural de "pelado" que hace referencia a niños o adolescentes.



**Tabla 2.** Diminutivos más frecuentes usados tanto por hombres como por mujeres entrevistados

DIMINUTIVOS	HOMBRES	MUJERES
Ahorita	9	8
Poquito	6	7
Casita	2	3
Cosita	1	3
Pequeñito	5	1
Pueblitos	1	3
Ratico	2	2
Abuelitos	1	4

La misma situación ocurre en cuanto al uso de adjetivos subjetivos como bonito (a), chévere, delicioso, rico, bacano, lindo, sabroso, bello, etc., los cuales, de manera estereotipada, se le han endilgado a la mujer; no obstante, en el habla de Tunja se puede observar su uso tanto en hombres como en mujeres, según se pone en evidencia en la Tabla 3.

**Tabla 3.** Adjetivos más frecuentes usados tanto por hombres como por mujeres entrevistados

ADJETIVOS	HOMBRES	MUJERES
Chévere	3	5
Rico (a)	3	2
Delicioso (a)	3	0
Bonito (a)	3	6
Bacano (a)	1	1
Lindo (a)	0	2
Sabroso	0	1
Bello	1	0

A continuación se presentan ejemplos de uso de diminutivos (negrita) y adjetivos (redonda) en relatos de mujeres y hombres, por cada generación (G) y nivel de instrucción (I)

Caso	Código	Frecuencia
<i>Hombre G111</i>	<i>diminutivo</i>	<i>138 adjetivo 13</i>

Material de origen:

*Por ahí se presentaron disgustos **pequeñitos**, pero **ahorita** está todo formal nuevamente, y pues con él bien. Por ejemplo si hay veces cuando uno, cuando*

uno, mm, e cuando uno qué, cuando por ejemplo, por ejemplo **ahorita** pues **normalito**, él está bien y que uno llega por ahí y ¿qué? y por ejemplo que uno lleva cualquier cosita de comer o él prepara cualquier cosa, entós<sup>7</sup> <entonces> lo compartimos y delicioso.

Mujer G1 I1      diminutivo    18    adjetivo 16  
Hace poco se murió mi **abuelito** pues, pues ya, visitamos ya es a mi **abuelita**, a veces nos la llevamos pa<sup>8</sup> <para> una casa, donde un tío y allá pues celebramos todos. Pero, pero si, bonito.

Hombre G1 I2    diminutivo    29    adjetivo 11  
...un duchazo bien, bien chévere con agua **friita**

Mujer G1 I2      Adjetivo        15  
La vida en el campo es muyrica, se vive chévere.

Mujer G1 I2      diminutivo    13  
...vivía conmigo y con los abuelitos.

Hombre G1 I3    diminutivo    37    adjetivo 37  
bonita sí me parece muybonita la **bobita**

Mujer G1 I3      diminutivo    3  
...ya se observa mayor número de supermercados **ahorita**

Mujer G1 I3      Adjetivo        2  
Pues chévere que hubieran como actividades de integración

Hombre G2 I1    diminutivo    5  
Yo tengo una **empresita** muy personal trabajo yo y le doy trabajo a cinco personas más

Mujer G2 I1      diminutivo    19  
Es que, es que lo que pasa es que yo sufro mucho de, de, del frío y yo aquí tengo

<sup>7</sup> Elisión de segmento intersilábico usada por algunos de los participantes hombres y mujeres para hacer referencia al adverbio "entonces". También se encontró el uso de otras variantes sociofonéticas como: entoos, entoens, tonces, toes.

<sup>8</sup> Apócope de la preposición "para", usada como una variante de tipo funcional.

que permanecer con una **ruanita**, o cuando salgo a la calle tengo que ponerme dos **camisitas** y un saco por el frío.

Hombre G2 I2      diminutivo      13

Físicamente es **bajita**. Como todos los boyacenses somos **bajitos**, algunos no todos. Las mujeres, especialmente las mujeres son **bajitas**. Ese es, es una casi se podría decir que en Boyacá es una constante, de las mujeres, son **bajitas**.

Mujer G2 I2      diminutivo      9

...pues ellos **ahorita** ya están bien económicamente

Mujer G2 I2      Adjetivo      1

...mis amigos e pues, son amigos de mi esposo, resultaron ser amigos también de él, y entonces siempre nos los encontramos y bien, chévere.

Hombre G2 I3      diminutivo      31

...lástima un **poquito** la inseguridad

Hombre G2 I3      Adjetivo      15

...uno rico verlos en esas habilidades

Mujer G2 I3      diminutivo      7

...tomarme un **vinito**

Mujer G2 I3      Adjetivo      9

...así pasarla como chévere

Hombre G3 I1      diminutivo      6

De pronto así como una **cabañita**

Mujer G3 I1      diminutivo      24

Ya no tengo toda mi cabeza porque es que entre el manejo de la droga me dio estrés y en el estrés se me debilitó toda la neurona central, me sirvió un **poquito**.

Mujer G3 I1      Adjetivo      3

...porque ahí era un, un sitio muy bonito y muy visitado por turistas.

Hombre G3 I2      diminutivo      4

...era una cosa **pequeñita**, bien **pequeñita**.

Mujer G3 I2      diminutivo      26  
...siguen siendo los mismos tunjanos con un **poquito** más de orgullo

Mujer G3 I2      Adjetivo      11  
...eran dos piedras bien grandes, bien bonitas

Hombre G3 I3      diminutivo      10  
...vendimos allá en, en Badorreal y compramos una **finquita** aquí en, en Sáchica.

Hombre G3 I3      Adjetivo      4  
...con, muy buenos e, muy bonito ambiente

Mujer G3 I3      diminutivo      29  
...aquí en la calle tomamos un **traguito**, muy **poquito**, muy **poquito**.

Finalmente, se reitera que el interés de la investigación no es discurrir sobre semejanzas y diferencias lingüísticas de género, sino estudiar otras consideraciones de género en el discurso, como aquellas que denotan y connotan la idiosincrasia propia del hombre y de la mujer en su subjetividad e imaginarios.